

La historia del padre Ludovico Pavoni

Aldo María Valli

Santos sociales. Basta pronunciar estas dos palabras, para que nuestra mente se traslade a otra época —al siglo XIX— y a una región —el Piamonte—, donde la santidad, en directa confrontación con las transformaciones provocadas por los procesos de industrialización, se manifestó en hombres con un temple y un carácter excepcionales. Pensemos por un momento en Juan Bosco, José Cafasso, José Benito Cottolengo, Francisco Faá di Bruno, Leonardo Murialdo, José Allamano. Una multitud de santos y beatos a los que aún la solicitud y preocupación por los jóvenes más marginados, los trabajadores, los discapacitados, los enfermos.

Pero esta lista quedaría injustamente incompleta si no nos desplazáramos también a Lombardía y, más en concreto, a Brescia, para incorporar a otro hombre, a otro sacerdote, que vivió entre finales del siglo XVIII y la primera mitad del siglo XIX y que, a todos los efectos, podemos definir como «santo social». Se trata de Ludovico Pavoni, fundador de la congregación de los Hijos de María Inmaculada.

Hay que decirlo de inmediato. Por su carácter natural, su estilo de vida, el modo de expresarse y su historia personal, Pavoni es un antihéroe. No destacó por empresas que merecieran titulares de portada; fuera de sus cartas, de los reglamentos y los documentos que redactó para promover sus numerosas iniciativas, no dejó obras escritas dignas de pasar a la historia; no consiguió títulos académicos, no fue un teólogo excepcional, ni un gran predicador, ni un líder carismático que se llevara de calle a las muchedumbres.

Lo suyo fue principalmente actuar, fue un hombre de acción. Pero de una acción más bien silenciosa, sin ostentación. Como buen lombardo —y, más aún, de Brescia— siempre antepuso la sustancia a la apariencia, prefirió el contenido al continente. Y aunque lo hiciera todo con una determinación y un sentido del sacrificio que rayaron, se puede decir perfectamente, el heroísmo, también es cierto que siempre actuó con total sencillez, humildad y modestia. De modo que, si bien se puso a resguardo de las celebraciones póstumas (de las que siempre se mantuvo a la debida distancia, incluso estando vivo), por otro lado se expuso al inevitable riesgo de ser infravalorado.

Y eso que Pavoni, con todas las de la ley, puede ser considerado —y estudiado— como un auténtico precursor. Y así, por ejemplo, anticipándose a las intuiciones y a las experiencias de alguien como Don Bosco o como el padre Murialdo, ve en el fenómeno de la marginación juvenil uno de los principales dramas que caracterizan el período de paso que media entre el antiguo régimen y la sociedad industrializada, y entiende que la vía de solución sólo puede pasar a través de la educación integral de la persona, prestando especial atención a la formación profesional pues, aunque es verdad que toda persona, incluso la más pobre y desfavorecida, es depositaria de una inviolable dignidad, está fuera de toda duda que el reconocimiento social de esta dignidad y la superación de la marginación son posibles gracias al trabajo.

Cuando nace Pavoni, el mundo está viviendo una dramática fractura. Todo está cambiando repentinamente y nuestro buen sacerdote de Brescia se encontrará exactamente en el ojo del huracán, hasta el punto de que su final coincidirá con la conclusión de las trágicas «Diez Jornadas» de 1849, en las que la ciudad se levantó contra los austriacos. Pero precisamente en esta superposición de fechas y circunstancias personales e históricas, está la lección que Pavoni puede brindarnos todavía hoy, y que mantiene intacta toda su eficacia.

El 23 de marzo de 1849, con la derrota del ejército saboyano en la «fatal Novara», termina la primera guerra de la independencia. Termina trágicamente, con la derrota del ejército piemontés a manos de las tropas austriacas de Radetzky; entonces el rey Carlos Alberto se ve obligado a pedir el armisticio y abdica en favor de su hijo Víctor Manuel II. Aquel mismo día, estalla en Brescia la revuelta conocida como de las «Diez Jornadas»; por la osadía y arrojo de los combatientes, la ciudad merecerá el título de «Leona de Italia». A la mañana siguiente, Ludovico Pavoni, sacerdote de sesenta y cinco años, pone a salvo a los muchachos que tiene a su cargo y a sus colaboradores desplazándose con ellos hasta Saiano, a unos quince kilómetros de la ciudad, donde el grupo dispone de una residencia. Pero el cansancio del viaje a pie, en medio de una tormenta, y las preocupaciones de aquellos días resultan fatales para él: el sacerdote, extenuado, se derrumba afectado por una pulmonía aguda. Es el primer día de abril, la última de las Diez Jornadas de Brescia, pero también es domingo de Ramos.

Un mes después, durante las solemnes exequias, en Brescia, a pesar del momento tan difícil, centenares de personas participan en una auténtica manifestación de afecto popular. Aquel sacerdote modesto que, durante su vida, nunca había querido destacar ni lucirse, pero que empleó todas sus fuerzas y recursos en favor de los muchachos más desfavorecidos, es honrado como un gran ejemplo de valores humanos y cristianos.

La vida del padre Ludovico Pavoni es digna de lectura y de estudio. Mientras se producen cambios históricos que vienen a cuestionar certezas seculares y que sacuden los cimientos de la vida social, mientras que incluso la fe religiosa y la misma institución eclesial tienen que vérselas con un proceso de oposición radical, Pavoni mantiene una fidelidad y coherencia cristiana que, sin embargo, no se traducen en nostalgia del pasado y rechazo del cambio, sino que se convierten en estímulo propulsor para una acción de caridad que asume la nueva realidad, la interpreta a la luz del Evangelio y la convierte en ocasión de un vínculo renovado con aquel Señor que nunca abandona a sus hijos, especialmente en el momento de la prueba.

No son pocas las congregaciones modernas que consideran a Ludovico Pavoni un punto de referencia insoslayable en cuanto creador de una nueva figura de religioso, entendido bien como sacerdote, bien como laico. La integración de estas dos figuras dentro de un mismo diseño, sin jerarquías, sino con la misma dignidad de consagración y con papeles complementarios, constituye en sí un modelo innovador, pero es la finalidad del proyecto lo que resulta especialmente avanzado. Aunque la educación religiosa sigue siendo el objetivo fundamental, Pavoni ve en la actividad profesional el terreno más idóneo para una formación que contempla todos los aspectos de la persona. La espiritualidad que anima este proyecto hunde sus raíces en la de san Ignacio de Loyola, san Francisco de Sales, san Alfonso María de Liguori: vida de oración y de penitencia, sobriedad absoluta, acción militante al servicio de la Iglesia, cuidado de los pobres y sobre todo de los jóvenes, sencillez, concepción activa de la santidad en cuanto objetivo que todo cristiano está llamado a perseguir, en su propia época y según las propias aptitudes, viviendo inmersos en el mundo.

Pavoni no fue un pedagogo, sin embargo puso en práctica un auténtico método educativo que se caracteriza por poner el acento en la prevención. La centralidad de

la fe cristiana, el amor por todas y cada una de las personas, la importancia del trabajo como instrumento de promoción humana y social, la firmeza de las reglas dentro de una organización que, no obstante, es de carácter familiar, la atención puesta en la relación personal y el recurso a la argumentación fundada y dialogada más que a la imposición son los elementos que componen un proyecto que pretende dotar a los jóvenes de los instrumentos indispensables para garantizarles una personalidad equilibrada y un rol social reconocido, en lugar del impacto con la realidad social que los empuja de manera inexorable a la marginación, con todos los costes personales y colectivos que de aquí se derivan.

Aquí es donde se enmarca su idea de «escuela de artes», algo totalmente novedoso para aquella época. Ciertamente ya existían estructuras asistenciales, como incluso para niños huérfanos o abandonados, escuelas populares (como las que fundó san José de Calasanz en el siglo xvi) y colegios de estudio y, casi al mismo tiempo que Pavoni, el padre Ferrante Aporti abre en Cremona el primer hospicio para niños más pobres. Pero el instituto que ve la luz en Brescia es el primero en su género: se trata de una verdadera escuela técnica y profesional, dotada de laboratorios y talleres que no sólo permiten a los jóvenes realizar prácticas, sino que se convierten en centros productivos. Si además tenemos en cuenta el número de perfiles profesionales (nada menos que once: tipografía, calcografía, impresión, encuadernación, papelería, platería, cerrajería/herrería, carpintería, tornería, calzado/zapatería, agricultura), vemos cómo Pavoni puso en funcionamiento lo que más tarde será la formación profesional, que hoy forma parte de nuestro sistema educativo.

Mención aparte merece la atención que le dedica a la imprenta y a los libros, una auténtica pasión que le llevará a convertirse, a todo los efectos, en editor, con una producción extraordinaria para aquellos tiempos y con los medios que tenía a disposición (en veintiocho años, más de trescientos títulos), con gran variedad de temas (todos elegidos por él personalmente) pero con una coherencia extrema y con la capacidad de aglutinar en torno al Instituto a algunos de los más brillantes exponentes de la cultura bresciana de la época.

Pavoni irá tomando conciencia, poco a poco y cada vez con mayor claridad y precisión, de las exigencias sociales de su tiempo: lo hará observando la realidad, sobre

todo al estilo de un gran obispo, Gabriel María Nava, formado, a su vez, en la escuela de un santo reformador como Carlos Borromeo, y pondrá todos sus recursos, morales y prácticos, al servicio de la causa en la que ha decidido militar.

Aquí se muestran con toda claridad las raíces lombardas de la acción y también, por qué no decirlo, de la santidad de Ludovico Pavoni. El joven sacerdote, que siente en su interior el deseo de entregarse por los jóvenes menos afortunados, examina la situación social y elabora soluciones concretas. Como el samaritano, no se limita a una exhortación y no se dedica a dar lecciones. Más bien se remanga y se pone a curar las heridas, incluidas las interiores.

Pavoni es un sacerdote de comienzos del siglo XIX y, por tanto, no podemos esperar de él un tipo de autoconciencia espiritual y de análisis social que, dentro de la Iglesia católica, no llegará hasta mucho después y que encontrará cumplida expresión sólo a partir del Concilio Vaticano II. No obstante, sin dejar de ser un hombre de su tiempo, consigue —precisamente a la luz de las enseñanzas evangélicas— mostrar y realizar aquella *fantasía de la caridad* (por emplear una expresión que tanto gustaba a Juan Pablo II) que caracteriza a todos los grandes santos sociales.

Pavoni nace en una familia cristiana, sólida y unida, y es precisamente esta idea de familia la primera piedra que pone en los cimientos de su construcción. En la edificación del oratorio, primero; después, del Instituto con sus escuelas profesionales y, finalmente, de la congregación religiosa, siempre predominará esta palabra: «familia». Los miembros de la comunidad no deben sentirse como meros huéspedes o, peor aún, como se diría hoy, destinatarios de un servicio. Del mismo modo, los que se ponen del lado de los necesitados, no deben pensar en sí mismos como simples dispensadores de unas prestaciones destinadas a un grupo más o menos grande de usuarios. No es así como razona y procede un cristiano. El oratorio, el Instituto y la congregación son y seguirán siendo a todos los efectos una familia, porque en ellos se acoge a alguien por lo que es y porque se le ama.

Ludovico Pavoni se da cuenta de que la principal necesidad de todo ser humano, en cualquier época, es el amor. Y ve cuánto sufrimiento personal y cuánto malestar social nacen precisamente de la falta de amor. Por eso se dedica a los huérfanos y a los sordomudos. Porque, por motivos a veces distintos y a veces coincidentes, son los

más desprovistos. No reciben amor y, por tanto, hay que dárselo. De manera efectiva y concreta.

En todo lo que haga, Pavoni pondrá dosis sobreabundantes de amor. Ya se trate de encontrar espacios adecuados para el oratorio, de montar una imprenta o un taller mecánico, de adquirir tierras para las actividades agrícolas o de llegar a un acuerdo con las autoridades para el reconocimiento de la congregación, en el origen siempre y sólo estará el resorte del amor. Porque quien se siente amado con el amor más grande, el de Jesús que se entregó a sí mismo por nuestra salvación, no puede tener este tesoro encerrado en un cofre, limitándose a custodiarlo. A su vez, tiene que ofrecerlo, sobre todo a quien menos lo posee y menos lo ha conocido.

Nace aquí la ternura que Ludovico Pavoni expresa de mil maneras con sus muchachos. Paseos todos juntos, momentos de juego y entretenimiento, notitas de felicitación debajo de la servilleta, la bendición de la mesa, paseo nocturno de revista, dormitorio arriba, dormitorio abajo, para comprobar el estado de salud de todos. Esto son cosas que hace un padre, no un simple director de instituto ni un simple fundador de congregación. Y esto es lo que fue Pavoni: el padre de una gran familia.

Sacar adelante una familia y hacer que funcione, como todo el mundo sabe, no es tarea fácil, sobre todo cuando la familia es de dimensiones considerables. Durante toda su vida, Pavoni luchará una batalla sin descanso para conseguir nuevos espacios, más locales, más ingresos que destinar a la formación y al crecimiento de sus muchachos. Esto es exactamente lo que hace el cabeza de una gran familia, siempre trajinando para resolver problemas muy concretos.

En este cuadro, lo que sorprende en Pavoni es el espíritu de paciencia y de aguante y su confianza en la divina providencia (confianza que, durante el proceso canónico para su beatificación, alguien llegó a calificar de excesiva). A pesar de las mil dificultades, a pesar de las relaciones (a menudo) difíciles con la burocracia, a pesar de la urgencia por encontrar los recursos económicos necesarios, nunca tendrá una palabra de ira con nada ni nadie, personas o instituciones. En algún caso, dejará entrever su disgusto, pero sin albergar animadversión contra los demás. Su principal recurso será siempre la oración, ese abandonarse con confianza en la voluntad del Padre.

Que nunca se convertirá en fatalismo sino que, por el contrario, se transformará en energía siempre renovada.

Un padre, por muy creyente que sea, no oculta sus preocupaciones, porque no es un superhéroe. Y, ciertamente, al padre Ludovico no le van a faltar preocupaciones. Pero las que más le angustian son las que tienen que ver con las personas individuales, con cada uno de sus hijos, más que las relacionadas con la estructura. Hay cartas y testimonios que nos muestran a un hombre más inquieto por un joven enfermo, o por un caso de desobediencia, o por una falta de amor, que por una financiación que no llega o una de las numerosas «súplicas» dirigidas a las autoridades y que permanecen por mucho tiempo sin respuesta. Pavoni dedica a los asuntos personales al menos la misma energía y la misma pasión que reserva a las cuestiones organizativas. Si advierte en uno de sus jóvenes una mirada empañada por la tristeza o intuye que alguno se siente olvidado, se aplica a la solución del problema como si de ello dependiera el aguante de toda la construcción.

La atención concreta a las necesidades de la persona lo convierte en un auténtico pionero en el campo de las garantías sociales relativas al mundo del trabajo, en una época en la que aún está todo por explorar.

Ahí va un ejemplo. Con más de cincuenta años de antelación respecto de la *Rerum novarum* de León XIII (15 de mayo de 1891), la encíclica con la que la Iglesia católica realiza una primera reflexión sobre los procesos sociales que surgen del enfrentamiento entre el capitalismo y el socialismo marxista, en 1848, el año de publicación del *Manifiesto comunista* de Karl Marx, Pavoni firma con el maestro de los cerrajeros y herreros de sus talleres un contrato de trabajo que no sólo es por tiempo indefinido, sino que además garantiza la asistencia en caso de enfermedad, asegura un trato justo en la jubilación y establece que el despido sólo será posible en caso de falta grave y, en cualquier caso, siempre con seis meses de preaviso.

Hoy en día, un contrato como éste bien puede definirse como un sueño y no se olvide que, cuando Pavoni lo aplica, ¡aún faltan diecinueve años para la primera publicación de *El Capital* del mencionado Marx!

Pero esto no es todo. En 1845, en otro contrato, esta vez referido al maestro de los talladores, Pavoni ya pone en práctica la doctrina del salario familiar (que la Iglesia

introducirá en el conjunto de su doctrina social en 1931, con la encíclica *Quadragesimo anno* de Pío IX) y también la de la participación en los beneficios, cuyas primeras aplicaciones reconocidas habían tenido lugar en los Estados Unidos, en Inglaterra y en Francia.

La fundación de una congregación religiosa en la primera mitad del siglo XIX no es, ciertamente, algo excepcional, todo lo contrario. Desde comienzos de este siglo hasta la Unificación, surgen en Italia nada menos que setenta y cinco nuevas congregaciones, y ciento veintisiete nacen en la segunda mitad del siglo. De los setenta y cinco institutos nacidos en la primera mitad del siglo, cincuenta y dos pertenecen al Norte de Italia, diecinueve al Centro y cuatro al Sur. La iniciativa de Pavoni se inserta, por tanto, en un particular clima de fervor. Pero lo que hace realmente única la intuición del sacerdote bresciano es la naturaleza de la congregación de los Hijos de María Inmaculada. Pavoni, respecto de las experiencias anteriores y de todas las que lo sitúan en su época, inventa una familia religiosa fundada en una doble figura: junto al religioso sacerdote, también está el religioso laico, al que corresponde la tarea específica de ocuparse de la formación profesional de los jóvenes. Integrados y complementarios, con una consagración igual en dignidad, los dos religiosos se dedican a una misma misión que tiene el trabajo como centro: el nuevo tipo de instituto apostólico se encarga de la educación total de jóvenes marginados, carentes de cualquier medio de integración social. El proyecto formativo siempre tiene como objetivo la educación religiosa, pero dentro de este proceso, la formación profesional adquiere un papel especial, que le da una relevancia social importante y que pone en estrecha relación las actividades del Instituto con las exigencias de la comunidad civil.

Así es como el sacerdote y el religioso laico colaboran, al mismo nivel, como educadores. Y así es como el trabajo se convierte, con todo derecho, en el ámbito en el que es posible tanto la recuperación humana, como el diálogo del hombre con Dios.

En lo que respecta al modelo contemplativo, pero también a la tradición de las órdenes y congregaciones en las que el religioso se dedica al trabajo manual como instrumento de ascesis, la visión de Pavoni es totalmente innovadora.

Sin embargo, en los años posteriores a su muerte, Pavoni no será recordado de la manera adecuada. Tras la gran manifestación de afecto y de veneración que se le tributó en Brescia, con motivo del primer traslado de sus restos, en abril de 1849, cae sobre él un prolongado silencio.

Pero su fama de santidad se mantiene viva. De este modo, puede comenzar el proceso canónico para reconocerla oficialmente a principios del nuevo siglo, en 1908. En 1912, la entonces Sagrada Congregación de ritos, hoy en día Congregación para las causas de los santos, decreta la apertura de la causa de beatificación y en 1926, en Soncino, cerca de Cremona, se reconoce el milagro de la curación, por intercesión de Pavoni, de una joven gravemente enferma, que había tenido lugar en 1909. Y luego, vuelve el silencio. Hasta 1947, la Santa Sede no reconocerá la heroicidad de las virtudes del siervo de Dios y lo declara venerable.

En el decreto emanado por Pío XII, con fecha 5 de junio del mismo año, Pavoni es llamado «otro Felipe Neri... precursor de san Juan Bosco... perfecto emulador de san José Cottolengo». Es una investidura solemne y, sin embargo, la causa se para.

El retraso en el inicio de la fase romana del proceso se debe inicialmente a la espera del segundo milagro (que, hasta 1975, era necesario para pasar de la venerabilidad a la beatificación). Además, durante veintiséis años, las actas diocesanas relativas al primer milagro caen de hecho en el olvido. No se desbloqueará la causa hasta una fecha más próxima a nosotros cuando, en el año 2001, los Hijos de María Inmaculada presentan al Vaticano la documentación que atribuye a la intercesión de Pavoni doscientas gracias recibidas y ocho presuntas curaciones milagrosas que tuvieron lugar entre 1909 y 1986. De modo que, después de que la Congregación para las causas de los santos declarara válidas las actas relativas al milagro de 1909, el papa Juan Pablo II, el 14 de abril de 2002, declara beato a Ludovico Pavoni.

El extraño curso que ha seguido la causa de beatificación es sintomático. Parece adivinarse en el trasfondo, al propio Pavoni, empeñado en despistar, en ocultar, en frenar las cosas; como si, desde su modestia, no quisiera hacerse notar. O bien deseara repetir el intrincado y arduo camino que caracterizó el reconocimiento de su congregación religiosa.

En cambio, el recorrido que lleva a la canonización ha sido más claro y sencillo, con el reconocimiento —fechado el 9 de mayo de 2016— de un segundo milagro, que tuvo lugar en Brasil en 2009, como si se quisiera testimoniar el horizonte ya planetario de la misión pavoniana.